

## El Sentir Valoral

“El sentimiento es en sí mismo una especie de inteligencia sorda y de voluntad sensitiva” - *Gratry*.

En comparación con lo mucho que se ha especulado y se ha escrito acerca del entendimiento y de la voluntad, la investigación y la literatura sobre el sentir no sensitivo son escasas. Se le confundió mucho tiempo con la pasión y la tendencia y se le tuvo como algo en sí no espiritual, o sea, como una operación en esencial dependencia con el cuerpo. Es más: aún hoy día se le destituye con frecuencia de intencionalidad; sería el sentimiento un “ser afectada el alma” solamente, algo meramente pasivo por lo tanto.

Empero, la dirección agustiniana y la corriente mística, junto con la reciente filosofía del valor, constituyen brillantes excepciones. La mística especialmente conoce a profusión los “sentimientos espirituales”. Sin embargo aún no tenemos una teoría del sentir espiritual que parezca satisfactoria. Elaborarla es una de las tareas más urgentes de la filosofía del presente. Por otra parte, en esta materia no existe un lenguaje “técnico”, que unívocamente pueda utilizarse. Son los mismos términos del lenguaje corriente los que aquí se emplean y, a veces, con toda su peligrosa ambigüedad. Vocablos como “emoción”, “sentido”, “sentimiento”, “sensibilidad” parecen ser sinónimos, a pesar de que a veces se hagan distinciones, como cuando se dice, v. gr., que la “emoción” es un movimiento profundo y subitáneo del alma, y el “sentimiento” una afección más delicada y más sutil, o más espiritual. Por ello, nos parece que es preciso compulsar ciertos “fenómenos”, para partir de ellos. Vamos a hacerlo.

Sean dos pares de casos ejemplares: el dolor de una quemadura y el placer de un vaso de buen vino, una pena moral y la satisfacción por el deber cumplido. Pues bien, en tanto que las vivencias de la primer pareja tienen un carácter francamente orgánico-sensible, pues la sensibilidad funciona en ellas en íntima y necesaria unión con la materia, en la otra, la dependencia con el cuerpo tan sólo es secunda-

---

NOTA. — Capítulo de una obra en preparación.

ria e indirecta, de modo tal que no puede decirse que en sí mismas tengan un contenido material o corpóreo.

Pudiera objetarse ciertamente que los brutos son capaces de sentimientos análogos: los gorriones pían lastimosamente cuando se les ha arrebatado sus polluelos y el perro parece sentir nostalgia del amo que ha perdido. Sin embargo, el hecho de la homogeneidad de estos estados, su misma externa superficialidad, su no reiteración una vez se han apagado, etc. nos da cuenta de que ellos, en el fondo, no trascienden lo puramente biológico. Mas: el animal carece de sentimientos tales como la angustia y la inquietud, como la exultación y el amor, fenómenos que convendría examinar, para un mejor acopio de datos.

El hombre a veces es presa de la **angustia**. Entonces tiene la sensación de una opresión inmensa, de una inhibición total. El hecho de que alguien esté a punto de resbalarse al abismo y sólo tenga una rama para sostenerse que va cediendo lentamente, podría darnos una idea aproximada de lo que es este sentimiento. Etimológicamente, "angustia" es "angostura", la estrechez y dificultad de un camino entre montañas, que apenas si permite el paso del viajero. Con todo, la angustia no debe confundirse simplemente con el miedo o con el temor psicológico ni tiene siempre un carácter necesariamente patológico. Por otra parte, es bastante infrecuente. No todos la experimentan; y los que la han sentido, la han sentido raras veces.

Tal vez pudiera caracterizarse la angustia como una experiencia de la "nada", del "no-ser" que llevamos con nosotros. Sería una consciencia solitaria de nuestra propia finitud, de nuestra radical contingencia. Sólo que puede bifurcarse en dos caminos: el uno negativo, que **revistiendo** la forma de la desesperación, conduce a la **negación del ser mismo**, y es como una especie de enajenación o de suicidio, al que nos llevaría la "atracción del abismo", un como soterrado y misterioso "instinto de la muerte"; el otro **positivo**, que transformado en inquietud espiritual, ya es la superación misma de la angustia, una angustia que, de rechazo, nos ha llevado al ser, a la **afirmación del ser mismo**. Es la consciencia de una insatisfacción, de una necesidad de trascender la finitud, de subsistir en el ser. Tal inquietud es fecundísima para el espíritu. Era la de Agustín al exclamar: "¡Nos hiciste, Señor, para tí; y nuestro corazón está inquieto hasta descansar en tí!". Era la inquietud de Pascal. Era también la de Kierkegaard, sólo que en éste se halla trágicamente viciada por la vivencia de una aparente contradicción entre la fe y la razón, secuela de su mentalidad luterana. Es, en fin, la inquietud de que tan bellamente habla Marcel al caracterizarla como una insatisfacción que exige la trascendencia, no como un simple trascender la experiencia, sino como "una experiencia de lo trascendente como tal".

El de la angustia constituye uno de los motivos capitales de la filosofía existencial. Heidegger le ha dedicado todo un ensayo, "¿Qué es metafísica?", que, precisamente, termina con aquella radical pregunta: "¿Por qué es el ente y no más bien la nada?". Pero, en todo caso nos parece que, aunque la angustia heideggeriana "produce una tranquilidad peculiar", no es la inquietud espiritual. es perfectamente compatible con la paz y con la santidad.

No es, pues, la angustia un sentimiento sin objeto como se ha dicho. En oblicuo recae ella sobre el ser. Es la exigencia radical del ser mismo.

La **exultación** es el polo opuesto de la angustia y, como ella, es un sentimiento también inusitado. No es el placer, no es siquiera el simple goce por un bien poseído. Más bien es una plenitud tal que por ella uno no cabe ya dentro de sí mismo; es el "éxtasis", en que como una saeta somos al infinito disparados. La exultación es una alegría desbordante. Quien haya sido embargado alguna vez por el movimiento coral de la Novena Sinfonía o por los últimos cantos de la Divina Comedia podrá comprender lo que aquí quiere decirse. Si la angustia es una experiencia del no-ser, la exultación, en cambio, **es una experiencia del ser: del ser que ha encontrado su centro o que se siente en camino de su propia realización**, con una vivencia sin tropiezo, que inunda el corazón como la luz todo lo inunda en un claro día de verano.

Pero la exultación no puede darse sino en íntima unión y dependencia con otro sentimiento, el más alto y nobilísimo, el **amor**. Desde Platón hasta nosotros casi todos los grandes escritores y filósofos le han dedicado al amor varias de sus mejores páginas. No obstante, aún no sabemos qué es el amor. Este es un hecho significativo, que siendo el más trascendental sentimiento, sea a la vez el menos pensable de todos. También aquí interesa señalar este otro punto: los conceptos prestados a la materia, con que muchas veces nos referimos al espíritu, apenas pueden servirnos de algo... Todo ello nos demuestra —mejor que en el caso de la angustia— la presencia de una actividad desatada muy más allá de lo corpóreo aunque por su superioridad al orden de la materia, pueda a su turno asumirla dentro de su propia esfera. Empero, sin tratar en ninguna forma de suplir la intransferible vivencia del amor mismo, podemos decir de él que el amor es una **afirmación del ser**. Todas las definiciones intentadas —"unión entre contrarios", "unión de las cosas semejantes", "deseo de bien para el amado", "cierto apetito de belleza", etc.— desembocan a esta misteriosa afirmación. Esa entrega del ser propio al del amado, esa afirmación del ser del otro que es asimismo la mejor afirmación del propio ser, es un misterio en que el lenguaje conceptual puede muy poco. Para expresarse prefiere el amor otro lenguaje, el lenguaje del sacrificio y de la poesía.

Pero después de los casos ejemplares —la exultación y el amor, la angustia y la inquietud— retomemos el hilo de nuestra exposición: ahora debemos sacar algunas conclusiones sobre el **contenido**, la **operación** y la **potencia** propias de este sentir que hemos llamado "valoral" sin explicar todavía por qué. Los contenidos del sentir los denominamos **sentimientos**; el **sentir** mismo es un acto o una operación, y la potencia o facultad que lo produce es la **sensibilidad**. Sólo que aquí ya no es la sensibilidad "sensitiva" o animal, sino una sensibilidad "espiritual", que vamos a llamar **estimativa** (vis aestimativa spiritualis).

El **sentimiento**, pues, de que aquí hablamos, ni es puramente pasivo ni se halla destituido de intencionalidad. Puede caracterizarse como una vivencia por la que captamos un valor. También el valor es difícil de definir. Ya más arriba hemos dicho algo de él y más adelante volveremos a encontrarlo. El valor es un ente ideal que fundamenta

un deber ser. La verdad, la bondad y la belleza son valores. Es evidente que el pensamiento puede definirlos. Pero el solo concepto del valor nos deja neutros a él mientras que lo propio del valor es no ser indiferente hacia nosotros sino, por el contrario, algo que nos atrae y nos incita a realizarlo. Por ello, un conocimiento **puramente intelectual** del valor es un conocimiento meramente "aprehensivo" mas no "comprehensivo". El valor hay que **vivirlo**, hay que dejarse embargar por él, hay que **poseerlo**, en una palabra hay que **comprenderlo**. Esto se significa cuando se dice que el conocimiento de los valores es un conocimiento por "comprensión". Esto puede ilustrarse con un ejemplo: alguien puede creer conocer muy bien a uno de sus amigos; sabe su nombre, su origen, su historia, etc.; sin embargo, aquél bien puede decirle "tú no me comprendes"... o sea, no tienes esa especial experiencia que yo tengo de mí mismo... Pues con el valor pasa algo semejante: su entrañable esencia no se nos entrega sino es por este acto de "comprensión". Por ello, el conocimiento del valor **nos compromete existencialmente**. Tendré esta comprensión de lo que es la justicia como valor no cuando doy su definición sino cuando **me decido** vitalmente frente a la justicia o injusticia de algún acto. Claro que esta "comprensión" para ser perfecta ha de suponer la iluminación intelectual, al menos hasta donde esta iluminación sea posible; mas, por otra parte, es sólo esta vivencia emocional la que propiamente capta lo irracional y misterioso del objeto; es una intuición que, como la mirada en medio de la noche, donde la luz y los colores ya no son, es capaz de llegar a las estrellas. De ella dice Ricardo de San Víctor en su tratado "De gratia contemplationis": "Es como un ojo de la inteligencia aquel sentido, con el cual vemos lo invisible, no como el ojo de la razón, por el que por la investigación averiguamos y hallamos las cosas ocultas y ausentes, como con frecuencia las causas por los efectos o los efectos por las causas y otras más que por algún modo de raciocinio comprendemos. Sino que, como con el sentido corporal solemos ver de un modo visible, presencial y corporal las cosas corporales, así aquel sentido intelectual las invisibles capta, de un modo invisible ciertamente, mas presencial y esencialmente".

"Más deseo sentir la contrición que saber definirla", dice el Kempis, en feliz afirmación que confirma nuestro aserto. Por ello, de este conocimiento de que venimos hablando puede decirse lo que Maritain ha dicho respecto del **conocimiento por connaturalidad** y del **conocimiento poético**. De éste dice que es "un conocimiento no conceptual de las cosas del mundo y de sus secretos, es un conocimiento bien diferente del que habitualmente llamamos conocimiento. Es un conocimiento que no puede expresarse en ideas y en juicios, sino que más bien es experiencia que conocimiento, y experiencia creadora, pues quiere expresarse, y sólo puede expresarse en una obra"... Y más adelante: "... como actividad intelectual, el arte tiende, de cierta manera y en la medida en que crea, al ser, que trasciende todas las categorías. Será menester, pues, que el objeto formado... signifique algo diferente de sí mismo, que sea a la vez signo y objeto; será menester que lo anime un sentido y le haga expresar más de lo que él es". Y relativamente al conocimiento por connaturalidad se expresa:

“... Hay dos maneras de juzgar sobre lo concerniente a una vida moral... podemos poseer el conocimiento conceptual y racional de las virtudes, conocimiento que determina en nosotros una conformidad meramente intelectual con las verdades en cuestión... (o) podríamos dar la respuesta correcta, no ya en virtud de la ciencia, sino en virtud de nuestra inclinación, es decir, atendiendo a lo que somos y a las íntimas inclinaciones y propensiones de nuestro propio ser y consultándolas... En este conocimiento por unión o inclinación, por connaturalidad o congenialidad, el intelecto no obra solo, sino que lo hace conjuntamente con tendencias afectivas y disposiciones de la voluntad que lo guían y dirigen... si bien (es) oscuro y acaso incapaz de dar cuenta de sí mismo o de traducirse en palabras... (así) en la experiencia mística, (el) amor se convierte en **medio objetivo** de conocer (transit in conditionem objecti) y reemplaza al concepto como instrumento intencional que une oscuramente el intelecto con la cosa conocida, de manera tal que el hombre no sólo experimenta su amor, sino que en virtud de ese mismo amor, experimenta eso que precisamente está oculto en la fe, lo que ha de amarse **aún más** y lo que ha de gustarse en el amor, que constituye la recóndita substancia de la fe...” (Maritain, Jacques. “El alcance de la razón”. Trad. A. L. Bixio. Buenos Aires. Emecé Editores. (1959). Págs. 37-57).

Así dejamos, pues, caracterizado el sentimiento valoral. Digamos algo de la operación que lo sustenta.

Es difícil distinguir el **sentir** valoral del intelecto o de la voluntad. Más bien es algo que va entreverado, como una raíz inconsciente y profundísima de ellos, en su total operación. Por su parte, sin confundirse simplemente con el conocimiento o la tendencia, el sentir espiritual de ambas participa. Es anterior al ejercicio de las otras facultades superiores y las desata desde un fondo del alma secreto e inconsciente; las acompaña en su ejercicio, ya que como una atmósfera las rodea; subsiste aún después de ellas en la posesión de sus objetos, que incorpora a la vida del alma. El sentir es una energía, una savia del alma que va más allá de los extremos del conocer y la tendencia. No estamos, empero, en capacidad de señalar hasta qué punto la **estimativa** o sensibilidad espiritual se distinga del alma misma y del total repertorio de sus distintas facultades. Sea de ello lo que fuere, podemos repetir las palabras que el Padre Gratry, citando a su maestro Thomassin, traía: “No se puede dudar de que por encima de la inteligencia no haya en el centro del alma un sentido secreto, un tacto que sienta las cosas antes de conocerlas, las toca antes de concebirlas. Es la fuente de irradiación del alma, o centro del alma es la unidad misma del espíritu por medio de la cual alcanza de algún modo lo incomprendible en sí mismo sintiéndolo vagamente sin saber lo que es”. Esta estimativa, en sentir nuestro, es la que Pascal denomina “corazón” cuando dice: “El corazón tiene sus razones, que la razón no conoce; se sabe esto en mil cosas”; o cuando expresa este otro pensamiento: “Conocemos la verdad, no sólo por la razón, sino también por el corazón...”.

Pero el hombre es una totalidad. Separada la sensibilidad del intelecto, puede extraviarse. Ambas potencias, pues, han de operar en armonía estrecha.